

Fernández-Cuesta, sentado en su despacho al pie del retrato del fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera.

RAIMUNDO FERNANDEZ-CUESTA «Los falangistas realizamos el trabajo sucio: fusilar»

Es el testimonio de uno de los falangistas, que no ha renunciado a su credo, de primera línea. Con sinceridad y valentía, el que siempre fue fiel a José Antonio reconoce la trampa en que cayeron, hace cuarenta años, sus correligionarios.

NA vez finalizada la guerra no creo que hubiera más represión, más fusilamientos que en otras contiendas de este tipo. En eso hubo mucha deformación y mucha propaganda por parte de las izquierdas. La propaganda de la izquierda siempre ha sido mucho más hábil, siempre ha sabido sacar más jugo a los acontecimientos que la derecha. Cuando finalizó la guerra hubo una represión fuerte, qué duda cabe que la hubo, pero esta represión sólo alcanzó a los auténticos criminales, con ellos la esticia fue inflexible. Pero los que fueron condenados por motivos exclusivamente políticos, tarde o temprano salieron a la calle.»

erven

ntina

deba

o sig

infor

npon

es po

uerte

en la

i3 a

latur

en

1929

en no

repre

ncia

rte (

ero

inclu

on so

coge

e adi

here e

La a

la to

y 194

ie fue

cho d

ian n

ocas o

on el

das.

nta co

sa con

ncion

ue pro

n 193

388.00

; que !

).000 e

1 1941

o se d

lvida

ad pri

la el

«A los de Falange nos han acusado de ser un grupo violento, de ser quienes cometíamos las mayores barbaridades. Creo que en aquellos años caímos en la trampa porque siempre hacíamos el trabajo sucio, como era el de llevar a cabo los fusilamientos, no todos, pero sí la mayoría. Siempre éramos los falangistas los que teníamos que fusilar a la gente en lugar de ser los demás. Por eso disporque la Falange jamás ha sido cruel, a Falange siempre ha tenido un gran afán de armonía y una solidaridad humana extraordinaria.»

«Después de cesar de ministro en 1939, mi actividad política quedó un 2000 apartada. Por aquel entonces, en Falange hubo una pugna política, pugna que tenía como motivo principal el hacerse con el control del partido. En esa pugna, Ramón Serrano Suñer salió ganando y yo perdiendo. Yo tenía por aquel entonces la popularidad que me daba mi bien ganado prestigio falangista, y Serrano Suñer tenía toda la fuerza que le daba su parentesco con Franco.»

«Muchas veces pensaba con tristeza en los que se tenían que ir al exilio, esa pobre gente que se tenía que marchar, el espectáculo de miles de españoles huyendo por las carreteras francesas. Nunca me creí más español que ellos. Pienso que éramos igual de españoles los que ganaron que los que perdieron. Siempre distinguí entre las ideas y las personas, y siempre respeté a los que lucharon por un ideal, aunque yo lo considerara equivocado.»

«Durante algunos meses, especialmente después de finalizada la guerra mundial, hubo presiones sobre Franco, incluso de miembros del Gobierno, para que disolviera Falange, pero Franco no quiso. Franco se limitó, en algunas ocasiones, a apartar de la vida política a significados falangistas. Lo hizo para evitar que su régimen fuera comparado con los de Alemania o Italia, por las parecidas connotaciones entre los partidos nazi y fascista y Falange. Franco fue muy listo siempre en sus relaciones con nosotros. Demostró que era un gran político »

acompañan a las situaciones bélicas y que se acentuaron notablemente a causa de la segunda guerra mundial en España y en toda Europa. Efectivamente, entre 1939 y 1941 murieron casi 300.000 españoles por encima de lo que era razonable esperar, pero casi todos ellos o habían muerto antes del final de la guerra o fueron víctimas de la enfermedad, que se llevó en esos años 204.083 españoles más de los previstos (cuadro 2). El simplismo de la autora la lleva a identificar sobremortalidad con fusilamientos, lo que por sí invalida su razonamiento.

En tiempos más actuales son multitud los autores que comprobando los evidentes defectos de los tres análisis anteriores, los corrigen, pero aceptándolos en gran medida. Los historiadores, los demógrafos y los sociólogos se han necho eco de lo fundamental de los razonamientos de Folz y Elena de la Souchere, dan una cierta credibilidad al testimonio de Ciano y consideran que, en cualquier caso, debe aceptarse como cifra válida para calcular el número de las muertes debidas a la represión la de la sobremortalidad por muerte violenta apreciada en los años inmediatamente posteriores a la guerra, variando en sus estimaciones en función del número de años que tomen como referencia.

Las muertes violentas que figuran inscritas entre los años 1939 y 1945 son 164.642 y si tomamos como 7.000 la cifra «normal» (en 1935 fueron 7.303) resultaría que durante ellos la sobremortalidad se elevaría a 115.642 y ésa sería la cifra indicativa de las muertes ocasionadas por la represión; pero si así se hiciera, como tantos han hecho, se cometería un gravísimo error.

Las muertes producidas por la guerra se inscribieron en zona republicana de acuerdo con lo establecido en el decreto de 28 de agosto de 1936, y en zona nacional, por lo dispuesto en el de 8 de noviembre de 1936 y orden del 10 de ese mismo mes y año. Aquél determinaba que las inscripciones de los desaparecidos, presuntamente muertos, se practicasen tres meses después «de la cesación de las hostilidades», y la normativa nacional, que se hicieran a instancia de los cónyuges o parientes del desaparecido hasta el cuarto grado, dándose un primer plazo de seis meses, «en cuanto a poblaciones que estén al presente en poder de nuestro Ejército y en igual plazo a contar desde la fecha de su sometimiento respecto a las poblaciones que se vayan rescatando al enemigo», plazo que fue ampliado posteriormente por órdenes de 28 de enero de 1938 y 17 de mayo de 1939.

Quiere ello decir que una parte muy importante de las muertes producidas en campaña y otra aún mayor de las ocasionadas por represalias en ambas retaguardias se inscribieron, forzosamente, una vez finalizada la guerra y ello aclara suficientemente un hecho que ha sido cuestionado por autores tan cualificados como Valentina Fernández Vargas en «La resistencia interior en la España de Franco» y Amando de Miguel en «Cuarenta millones de españo-

(Sigue en la pág. 26)